

LA PARTICIPACIÓN ESTUDIANTIL EN EL COLEGIO: PILAR FUNDAMENTAL PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA

Eliana Marcela Usma Vélez¹

eusmav@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-3794-9514>

Institución Educativa

Loma Linda

Municipio de Itagüí, Antioquia

Colombia

Recibido: 08/01/2026

Revisado: 14/02/2026

Aprobado: 17/03/2026

RESUMEN

La participación estudiantil en la educación secundaria y media es crucial para la formación de una sociedad democrática. En esta dirección, el presente artículo conceptualiza la escuela como un laboratorio cívico donde los principios de la democracia se practican, no solo se teorizan. A través de un análisis de estudios recientes, se revela una brecha significativa entre la participación ideal y su implementación práctica. La evidencia empírica muestra que los mecanismos formales, como el Gobierno Escolar, a menudo fallan debido al desconocimiento de los estudiantes sobre sus funciones y a la percepción de que las decisiones son unilaterales, lo que limita su impacto. A pesar de estos desafíos, la participación genuina ofrece amplios beneficios, como el desarrollo de habilidades cívicas esenciales (razonamiento crítico y resolución de conflictos) y una mejor comprensión de los valores democráticos. Así las cosas, el artículo propone una reforma sistémica que vaya más allá de la formalidad. Esto implica integrar la educación cívica de manera transversal, capacitar a los docentes en metodologías participativas y crear espacios auténticos donde la voz estudiantil tenga un impacto real en la toma de decisiones. Se puede inferir de esta manera, que la

¹ Docente de secundaria en el área de Ciencias Sociales y Humanas, en la Institución Educativa Loma Linda del municipio de Itagüí-Antioquia (Colombia). Magíster en Educación Inclusiva e Intercultural de la Universidad Internacional de I Ríoja (España).

pasividad de los estudiantes no es falta de interés, sino una consecuencia de un sistema que no les empodera, y se demuestra, como la capacidad de las escuelas para transformarse en entornos verdaderamente participativos es fundamental para el futuro de la democracia.

Palabras clave: Democracia, educación, formación cívica, gobierno escolar, participación estudiantil, sociedad democrática.

STUDENT PARTICIPATION IN SCHOOL: A FUNDAMENTAL PILLAR FOR THE CONSTRUCTION OF A DEMOCRATIC SOCIETY

ABSTRACT

Student participation in secondary and upper secondary education is crucial for the formation of a democratic society. In this regard, the present article conceptualizes the school as a civic laboratory where the principles of democracy are practiced, not just theorized. Through an analysis of recent studies, a significant gap is revealed between ideal participation and its practical implementation. Empirical evidence shows that formal mechanisms, such as the School Government, often fail due to students' lack of knowledge about their functions and the feeling that decisions are unilateral, which limits their impact. Despite these challenges, genuine participation offers broad benefits, such as the development of essential civic skills (critical thinking and conflict resolution) and a better understanding of democratic values. As such, the article proposes a systemic reform that goes beyond formality. This implies integrating civic education transversally, training teachers in participatory methodologies, and creating authentic spaces where the student voice has a real impact on decision-making. It can thus be inferred that student passivity is not a lack of interest, but a consequence of a system that does not empower them, and it is proved how the ability of schools to transform themselves into truly participatory environments is fundamental to the future of democracy.

Keywords: Democracy, education, civic education, school government, student participation, democratic society.

INTRODUCCIÓN

En el panorama global contemporáneo, la solidez de las democracias se ha convertido en un tema de preocupación central, especialmente ante la creciente polarización social y la desconfianza en las instituciones. En este contexto, la educación emerge como un pilar insustituible para la formación de ciudadanos activos, críticos y conscientes, capaces de contribuir a la resiliencia democrática. La escuela, en particular en la educación secundaria y media, trasciende su función meramente académica para consolidarse como un espacio vital de formación cívica.

Según la Organización Semillas para la Democracia (2020), es en estos entornos donde los principios democráticos pueden ser aprendidos, practicados y arraigados en la vida diaria de los estudiantes. Pese a la importancia de esta función, existe una brecha significativa entre la teoría de una educación democrática y su implementación práctica. Este fenómeno se manifiesta en la desconexión que a menudo se observa entre los mecanismos formales de participación, como el Gobierno Escolar, y la apatía o el desconocimiento real de los estudiantes sobre su funcionamiento y su potencial. La evidencia empírica sugiere que, aunque las escuelas tienen estructuras para participar, estas a menudo operan superficialmente, sin impacto real en la toma de decisiones, lo que hace que los estudiantes las perciban como meras formalidades.

Esta percepción de que sus voces no son escuchadas contribuye a un sentimiento de impotencia y, en última instancia, a la pasividad cívica. Por lo tanto, el problema de

investigación que se aborda es la evidente brecha entre el ideal teórico de la participación estudiantil como pilar democrático y la realidad de su implementación en los colegios, donde factores sistémicos impiden que esta participación sea genuina y significativa. El presente análisis se enmarca en la tesis de que la escuela debe ser conceptualizada como un laboratorio cívico, un microcosmos democrático donde los estudiantes no son meros receptores pasivos de conocimiento, sino sujetos activos que co-construyen su realidad educativa. Esto significa que la educación cívica no puede limitarse a lecciones teóricas, sino que debe ser una experiencia vivencial que permita a los estudiantes experimentar las dinámicas de la participación, el diálogo y la toma de decisiones.

Este enfoque pedagógico se alinea con la visión de la Comisión Nacional para la Mejora Continua de la Educación (Mejoredu, 2025), que enfatiza la necesidad de una formación cívica estratégica:

A diferencia de la formación cívica que se centra en el conocimiento de los deberes y derechos de los ciudadanos, la formación para la participación busca, además, el desarrollo de las capacidades que se requieren para ejercer la ciudadanía, así como el fomento del interés por involucrarse en la toma de decisiones de asuntos públicos. La formación para la participación, así entendida, requiere generar escenarios y experiencias en los que las y los jóvenes se apropien de la práctica del diálogo, la deliberación, la construcción de consensos, la toma de decisiones colectivas y la rendición de cuentas. (Mejoredu, 2025, p. 25)

Esta noción subraya que la verdadera formación democrática requiere un enfoque práctico y deliberado. El período de la educación secundaria es crucial para el proceso, sirviendo de puente entre la niñez y la ciudadanía adulta. De esta manera, se señala que las intervenciones realizadas en esta etapa tienen un impacto magnificado en el compromiso democrático futuro, lo que refuerza el argumento de que las escuelas deben asumir un rol más proactivo en la creación de espacios democráticos. Al potenciar una participación genuina y significativa, las instituciones educativas no solo cumplen con su función formativa, sino que también invierten en el futuro de la sociedad misma, asegurando que las próximas generaciones cuenten con las herramientas necesarias para enfrentar los desafíos de la vida en democracia. Los años de la educación secundaria, donde el pensamiento crítico y la conciencia social se desarrollan rápidamente, representan una ventana crucial para la inculcación de valores y prácticas democráticas.

Para abordar esta problemática, este artículo se estructura para ofrecer un marco conceptual sólido, presentar hallazgos empíricos relevantes, identificar los beneficios y desafíos de la participación estudiantil y, finalmente, proponer un camino hacia un futuro donde la escuela sea el verdadero laboratorio de la democracia, invitando al lector a descubrir cómo podemos cerrar la brecha entre la teoría y la práctica cívica, y construir una sociedad más justa y participativa a través de la educación.

DESARROLLO TEMÁTICO

Para el desarrollo del presente artículo, se ha adoptado una perspectiva que sitúa a la participación estudiantil como un pilar fundamental en la edificación de una cultura democrática, entendiendo que esta no se limita a la esfera política formal, sino que se arraiga en la vida cotidiana. La conceptualización de esta fenómeno demanda la comprensión de sus constructos clave, que se exploran a continuación.

De acuerdo con la Organización Semillas para la Democracia (2020), la democracia debe ser comprendida como un "conjunto de principios, normas y valores de convivencia social" (p. 5). Esta visión trasciende la noción de un simple sistema de gobierno al postularla como práctica diaria mediante la transparencia, la rendición de cuentas y la participación de los ciudadanos. Desde esta óptica, la democracia no es un estado estático, sino un proceso dinámico de construcción colectiva. Desde una perspectiva analítica, este enfoque implica que la educación, y por extensión el colegio, no pueden ser entidades neutras. Al contrario, se convierten en espacios donde los principios democráticos no solo son estudiados, sino practicados.

El valor de esta concepción es que permite a los estudiantes, desde pequeños, internalizar estos valores mediante la experiencia vivencial, fundamental para una formación cívica duradera y significativa. De esta manera lo indica Mejoredu, cuando en este mismo estudio plantea que la participación estudiantil, dentro de este marco, es un concepto dual que se articula tanto como un derecho fundamental como una

responsabilidad cívica. En la medida en que la participación es un derecho, legitima la voz y la agencia de los estudiantes dentro de la comunidad escolar, reconociéndolos como sujetos activos y no como meros receptores de directrices institucionales.

Como responsabilidad, demanda un compromiso consciente y un sentido de pertenencia que trasciende el beneficio individual. Esta dualidad conceptual es crucial para comprender la complejidad de la formación cívica. Que la participación sea un derecho empodera a los estudiantes, pero la responsabilidad asegura que su acción se oriente al bien común. La tensión entre estos dos polos crea un espacio educativo ideal para que los jóvenes aprendan a navegar las complejidades de la vida en sociedad, equilibrando sus libertades individuales con sus deberes colectivos.

De acuerdo con Piragauta (2024), el Gobierno Escolar es un mecanismo formal concebido para operacionalizar estos principios democráticos en el contexto escolar, y se le considera un instrumento clave para la formación de ciudadanos. Pero su eficacia depende no solo de su existencia, sino de una implementación auténtica y significativa. Cuando este mecanismo funciona adecuadamente, permite a los estudiantes comprender de primera mano los procesos políticos, la representatividad y la toma de decisiones.

A pesar de su conceptualización como una herramienta de formación, la evidencia empírica sugiere que su implementación a menudo se encuentra con obstáculos que limitan su potencial. La distancia entre el ideal teórico y la realidad práctica, manifestada en el desconocimiento de sus funciones por parte de los estudiantes o en la percepción

de un liderazgo unilateral, subraya la necesidad de una reflexión profunda sobre las metodologías y el compromiso institucional. El desafío radica en transformar el Gobierno Escolar de una simple formalidad a un verdadero laboratorio de democracia, donde los estudiantes no solo participen, sino que se sientan empoderados y representados de manera efectiva.

PROPOSICIÓN: LA PARTICIPACIÓN ESTUDIANTIL COMO PILAR DEMOCRÁTICO

La participación estudiantil genuina no es un complemento opcional, sino un pilar insustituible para la formación cívica en la educación secundaria y media. Partiendo del marco conceptual de la democracia como una práctica cotidiana, se argumenta que las instituciones educativas, al convertirse en laboratorios de democracia, tienen el deber de cultivar un entorno donde la voz estudiantil no solo sea escuchada, sino activamente empoderada. Se ha adoptado un enfoque deductivo, partiendo del principio general de que la democracia se aprende a través de la participación y se desciende a la exploración detallada de cómo los mecanismos de participación, como el Gobierno Escolar y los consejos estudiantiles, pueden ser catalizadores para el desarrollo de la responsabilidad, el razonamiento crítico y el sentido de pertenencia.

El compromiso fundamental de este ensayo es analizar con rigor la brecha entre el ideal teórico de la democracia escolar y la realidad de su praxis. Se asumirá, como

premisa, que la falta de participación no es un problema de los estudiantes, sino una deficiencia sistémica de las instituciones que no proveen los espacios ni la capacitación necesaria para una participación significativa. Esta proposición se sustenta en la evidencia de que la pasividad estudiantil a menudo es el resultado de la falta de un empoderamiento genuino, tal como lo señala Mejoredu (2025):

La participación de los estudiantes en los asuntos escolares ha sido considerada por la literatura académica como un factor que contribuye a mejorar su aprendizaje, así como el clima escolar; es también un indicador del nivel de democracia de un sistema educativo. La experiencia de los jóvenes en la toma de decisiones sobre sus actividades escolares, la forma de resolver los conflictos con sus pares o con sus maestros, las tareas que realizan, su voz y su voto en el manejo de las actividades y decisiones de su plantel, son el espacio idóneo para que vivencien la democracia, se apropien de sus valores y desarrollen las capacidades que les serán útiles en el futuro. (p. 11).

Esta perspectiva subraya que la verdadera formación cívica no es teórica, sino vivencial. Por lo tanto, el presente estudio se compromete a desvelar, a través de la evidencia empírica, los obstáculos que impiden esta vivencia, y a ofrecer una hoja de ruta concreta para la acción. El objetivo es ofrecer una guía para que las instituciones educativas puedan cerrar esta brecha, empoderando a las futuras generaciones de ciudadanos y transformando la pasividad en una proactividad cívica que los prepare para ser actores cruciales en la construcción de una sociedad más justa y participativa. Este ensayo no solo informará, sino que también buscará inspirar un cambio sistémico.

ARGUMENTOS: ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

La escuela moderna ha trascendido su papel tradicional como simple centro de transmisión de conocimientos. Hoy en día, su función es mucho más amplia y profunda. Para que la educación sea verdaderamente relevante en la formación de ciudadanos, es fundamental entender el entorno escolar como un espacio dinámico y activo donde se practican los valores democráticos. En este sentido, Calvo (1993, citado en Organización Semillas para la Democracia, 2020) señala que la escuela no es un simple contenedor de conocimiento, sino un espacio sociopolítico relevante y fundamental para la formación de actitudes de tolerancia y valores humanitarios de igualdad. Este enfoque transforma a la institución educativa en un microcosmos democrático, un laboratorio donde los principios de la convivencia cívica pueden ser experimentados y cultivados, alejándose de una visión puramente académica para convertirse en un pilar fundamental de la formación cívica.

En esta misma línea, Lin (2013, citado en Mejoredu, 2025) reconoce que las escuelas son entornos públicos donde debe ocurrir la "acción colectiva" y, por lo tanto, el desarrollo de la "voz estudiantil". La participación no es un fenómeno pasivo, sino un acto deliberado que requiere un entorno propicio, donde los estudiantes se sientan seguros y empoderados para expresar sus ideas y colaborar en la toma de decisiones que les conciernen.

La participación, por su parte, es un concepto multifacético que implica necesariamente una convivencia democrática, reconociendo la interrelación entre derechos y responsabilidades. La conceptualización de la participación como concepto dual es crucial para entender la complejidad de la formación cívica, ya que es un derecho que empodera a los estudiantes, mientras que la responsabilidad asegura que sus acciones se orienten al bien común, creando un espacio ideal para aprender a equilibrar sus libertades individuales con sus deberes colectivos.

La misma Organización Semillas para la Democracia también va más allá de la mera presencia, abarcando tanto el "ser parte" como el "tomar parte", lo que implica un compromiso compartido, la búsqueda de objetivos comunes, la construcción de consensos y la toma de decisiones colectivas. En su esencia, la participación política se entiende como la escucha activa y el diálogo efectivo al proponer ideas, enfatizando la necesidad de que los estudiantes no sean solo observadores, sino protagonistas activos de su entorno escolar. Retomando la Organización Semillas para la Democracia, es relevante considerar las distintas aproximaciones a la participación, como la democracia liberal, donde la participación puede estar limitada a unos pocos privilegiados, a menudo naturalizada, frente a la democracia deliberativa, que se centra en la justicia social y la participación universal, no ligada únicamente al sufragio.

Esta distinción es crucial porque expone una tensión potencial: mientras las escuelas podrían, inadvertidamente, replicar el modelo de pocos privilegiados de la democracia liberal, el discurso académico aboga claramente por un enfoque más

inclusivo y deliberativo, lo cual sugiere un desafío sistémico donde las estructuras escolares actuales pueden ser inherentemente resistentes a una participación estudiantil genuina e inclusiva.

LA PARTICIPACIÓN ESTUDIANTIL: UN DERECHO Y UNA RESPONSABILIDAD

La participación estudiantil no puede ser entendida como un concepto unidimensional. Va más allá de la mera acción o de la inclusión en actividades, y se articula en una concepción más profunda que integra tanto derechos como responsabilidades. En este contexto, Ramírez y López (2025) señalan que la participación estudiantil se configura como un concepto dual, inherentemente ligado a la formación de ciudadanos activos, ya que es, simultáneamente, un derecho fundamental y una responsabilidad cívica. Esta conceptualización sugiere que el derecho a participar no es estático, sino que se moldea y redefine continuamente en función de los contextos y las necesidades de los jóvenes.

Los autores también la describen como un "derecho en construcción", lo que implica una noción evolutiva que se adapta a las complejidades de la posmodernidad y las dinámicas sociales contemporáneas. El ejercicio de este derecho conlleva intrínsecamente una responsabilidad, un compromiso mutuo y un deber compartido. Los estudiantes, al ser parte integral de la comunidad educativa, están llamados a asumir

estos derechos y deberes, lo que implica una implicación activa y consciente en la vida escolar.

Esta comprensión dual es fundamental para la formación de una profunda conciencia de ciudadanía y participación, en la medida que el proceso de participación transforma a los estudiantes de meros receptores pasivos de información en protagonistas activos, en lugar de simples protestantes. El objetivo es trascender la obediencia y la delegación de responsabilidades al profesorado para asumir un rol proactivo en la dinámica del aula y de la institución.

La participación genuina empodera a los estudiantes al permitirles tomar decisiones, planificar su futuro y alinear sus intereses personales con los colectivos, lo que contribuye de manera significativa a la comunidad educativa. Esta forma de involucramiento no solo fomenta la proactividad, sino que también asegura que sus perspectivas sean escuchadas y valoradas. Como señala Mejoredu, es fundamental cultivar la "voz estudiantil", dándole un impacto real en las decisiones de la institución. La verdadera formación cívica va más allá de la teoría; es un proceso vivencial donde los jóvenes se convierten en protagonistas, no en meros receptores pasivos. Por lo tanto, cuando se convierte en una obligación impuesta en lugar de una oportunidad de empoderamiento, se produce una desconexión crítica que puede conducir a la pasividad y a una comprensión superficial del compromiso democrático.

MECANISMOS Y ESPACIOS DE PARTICIPACIÓN EN EL COLEGIO

La participación estudiantil en el entorno escolar se manifiesta mediante mecanismos y espacios formales e informales, cada uno con objetivos específicos y funciones que requieren un análisis minucioso. El Gobierno Escolar se concibió como un instrumento clave para la formación de ciudadanos, diseñado para poner en práctica los principios democráticos en el contexto escolar.

Sin embargo, a pesar de su propósito ideal, la efectividad de estos mecanismos a menudo se ve comprometida en la práctica. De esta manera lo demuestra un estudio en Sincelejo, Colombia, llamado "El Divino Salvador" (Gaceta, 2024), donde se encontró que un considerable 84.61 % de los estudiantes desconocía las instancias que conforman el Gobierno Escolar y sus funciones. Esta falta de conocimiento se agrava por la percepción de que los líderes estudiantiles no los representan adecuadamente y por la ausencia de espacios de diálogo y formación. La brecha entre la teoría y la realidad evidencia que los mecanismos de participación son a menudo superficiales, lo que contribuye a un sentimiento de apatía y a una participación cívica pasiva. Transformar estas estructuras de meras formalidades en verdaderos laboratorios de democracia requiere un compromiso sistémico para garantizar que los estudiantes se sientan empoderados y representados de manera efectiva.

Los Consejos Estudiantiles y la figura del Personero Estudiantil están diseñados para representar los intereses del alumnado, facilitar su organización y servir como una voz colectiva. El estudio de "El Divino Salvador" encontró que el 75 % de los estudiantes tenía bajo nivel de conocimiento sobre las funciones del Consejo Estudiantil, y un número considerable (67.30 %) se sentía mal representado por el personero por falta de reuniones o asambleas. Por otro lado, los docentes corroboraron esta percepción, señalando que los representantes estudiantiles a menudo carecían de una formación adecuada por parte de la escuela (Gaceta, 2024).

Tabla 1:

Obstáculos para la participación democrática en el Gobierno Escolar

Actor	Hallazgos Clave	Porcentaje (%)
Estudiantes	Desconocimiento de las instancias del Gobierno Escolar y sus funciones	84.61%
	Bajo conocimiento sobre las funciones del Consejo Estudiantil	75.00%
	Sentimiento de mala representación por el personero	67.30%
	Percepción de que el director toma las decisiones de manera unilateral	75.00%
	Desconocimiento sobre normas constitucionales/legales	57.69%
Docentes y Directivos	Información limitada sobre las funciones del Gobierno Escolar	41.66%

Nota. Adaptado de "La participación democrática ejercida desde el gobierno escolar garantiza la buena marcha de las instituciones educativas" por Gaceta, 2024.

Los hallazgos presentados en la tabla revelan una desconexión crítica y alarmante entre los marcos teóricos de la democracia escolar y su aplicación práctica. La alta proporción de estudiantes que desconocen las funciones del Gobierno Escolar y el Consejo Estudiantil, así como la extendida percepción de una representación deficiente, sugieren que estos mecanismos formales no están cumpliendo su propósito de empoderar a la comunidad estudiantil. La frustración y la pasividad de los estudiantes no surgen de la desidia, sino de un sistema que, en la práctica, excluye su voz.

Esto se refuerza con la percepción de que las decisiones las toman unilateralmente los directivos, lo que subraya la necesidad urgente de transformar los espacios de participación de simples formalidades a escenarios de toma de decisiones compartida. En esencia, los datos no solo evidencian la falta de conocimiento, sino que también señalan una falla sistémica en la forma en que se concibe e implementa la participación estudiantil.

Hay otras organizaciones formalizadas como Clubes, Academias y Cooperativas, reconocidas como instancias de representación y que pueden participar en la gestión institucional más amplia. En el ámbito del aula, se ha reportado que los docentes fomentan la participación democrática a través del trabajo en grupo y el diálogo, en consonancia con modelos pedagógicos. Simancas et al. (2025) sugieren que el aprendizaje colaborativo es una estrategia valiosa para fomentar la participación estudiantil. Estos autores también señalan que la implicación activa en procesos

participativos conduce a un aumento en su nivel de responsabilidad, comprensión de los procesos democráticos y una mayor predisposición a involucrarse en actividades cívicas.

La participación también cultiva actitudes de tolerancia y valores humanitarios de igualdad, elementos indispensables para una convivencia democrática. Asumir un rol participativo se valora positivamente en su formación como futuros profesionales, ya que construye competencias esenciales para el mundo laboral y cívico.

Beneficios de la Participación Estudiantil para la Formación Democrática

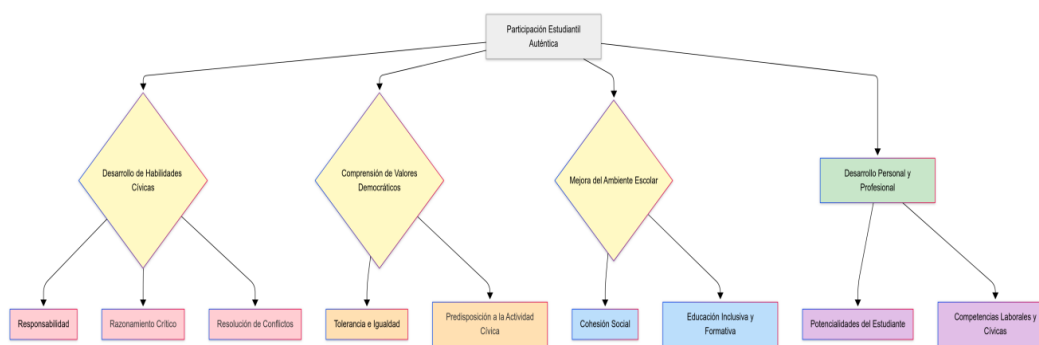
La participación estudiantil en el colegio genera una serie de beneficios e impactos positivos que trascienden el desarrollo individual de los alumnos, extendiéndose a la mejora del ambiente escolar y al fortalecimiento de la cultura democrática en su conjunto. Uno de los impactos más significativos es el desarrollo de habilidades cívicas esenciales. Esto es la implicación activa en procesos participativos, los cuales conducen a un aumento en su nivel de responsabilidad, comprensión de los procesos democráticos y una mayor predisposición a involucrarse en actividades cívicas, además de fomentar la evolución de competencias cruciales como el razonamiento crítico, la resolución de conflictos y la colaboración.

Asimismo, la participación cultiva actitudes de tolerancia y valores humanitarios de igualdad, elementos indispensables para una convivencia democrática. Al interactuar con perspectivas diversas y enfrentar la necesidad de construir consensos, los estudiantes aprenden a valorar las diferencias y a negociar de manera pacífica, habilidades cruciales para el futuro. Este proceso les permite adquirir una visión más

completa de su entorno, ampliando sus perspectivas y su capacidad de análisis. La interacción con sus pares y con los adultos de la comunidad educativa, en un contexto de toma de decisiones compartida, transforma su comprensión de los problemas, fomentando un pensamiento crítico que va más allá del aula y los prepara para ser ciudadanos activos en la sociedad.

Figura 1.

Modelo de los beneficios de la participación estudiantil en el colegio



Nota. Tomado de *El impacto de la participación estudiantil en la toma de decisiones dentro de la comunidad escolar en estudios sociales* por Simancas et al., 2025.

El modelo de beneficios de la participación estudiantil auténtica ilustra cómo esta se manifiesta en cuatro áreas clave: Desarrollo de Habilidades Cívicas, Comprensión de Valores Democráticos, Mejora del Ambiente Escolar y Desarrollo Personal y Profesional. La participación en los asuntos escolares conduce directamente al desarrollo de habilidades cruciales como el razonamiento crítico y la resolución de conflictos,

preparándolos para ser ciudadanos comprometidos. Asimismo, esta práctica fomenta una mayor predisposición a involucrarse en actividades cívicas y a comprender valores como la tolerancia y la igualdad.

A nivel institucional, la participación fomenta un ambiente más inclusivo y formativo, creando cohesión social. Por último, desde una perspectiva personal, el involucramiento de los estudiantes les permite desarrollar sus potencialidades y adquirir competencias esenciales para el mundo laboral y cívico. Este diagrama conceptual resalta que la participación genuina es un motor de cambio que transforma a los estudiantes en protagonistas activos de su propio desarrollo.

En cuanto a la comprensión de los valores democráticos, la participación estudiantil fomenta una mayor predisposición a involucrarse en actividades cívicas. Como señalan Simancas et al. (2025), este tipo de involucramiento promueve una comprensión y apreciación más elevadas de los valores democráticos dentro del entorno educativo. A través de la práctica, los estudiantes aprenden a aplicar principios de transparencia, rendición de cuentas y planificación participativa en situaciones reales. Esta experiencia vivencial contribuye directamente a la construcción de valores democráticos que pueden ser aplicados en su futuro dentro de la sociedad. La participación, en esencia, no solo imparte conocimientos, sino que también inculca una mentalidad proactiva que es esencial para la formación de ciudadanos comprometidos y conscientes.

La participación también conduce a un ambiente escolar mejorado y a una toma de decisiones más efectiva. Simancas et al. (2025) indican que la participación estudiantil fortalece la propia democracia escolar. Esta interrelación positiva entre todos los miembros de la comunidad educativa fomenta un ambiente más cohesivo y armónico. En última instancia, una participación efectiva puede transformar las instituciones educativas en espacios donde las relaciones se basan en principios participativos y en el respeto por los deberes y derechos. La verdadera esencia de una educación inclusiva radica en el reconocimiento de la voz estudiantil como un elemento indispensable para el desarrollo de un entorno formativo y productivo para todos.

En el ámbito del desarrollo personal y profesional, los estudiantes que participan en la vida escolar asumen un rol diferente al de quienes no lo hacen, lo que les permite desarrollar aún más sus potencialidades. De hecho, asumir un rol participativo se valora positivamente en la formación de futuros profesionales, ya que construye competencias esenciales para el mundo laboral y cívico. En este sentido, la participación transforma a los estudiantes de meros receptores pasivos en protagonistas activos de su propio aprendizaje y desarrollo, contribuyendo a la formación integral que va más allá de lo académico.

PROPUESTA: TRANSFORMANDO LA ESCUELA EN UN LABORATORIO DE DEMOCRACIA

La evidente desconexión entre el ideal teórico de la participación estudiantil y su implementación práctica exige una propuesta de reforma que trascienda la mera formalidad y se enfoque en la transformación de la cultura escolar. Esta propuesta se articula en tres pilares interconectados, diseñados para abordar las deficiencias sistémicas reveladas en el análisis. Su objetivo es convertir la escuela en un verdadero laboratorio de democracia, donde la participación no sea una obligación impuesta, sino una experiencia de empoderamiento genuina.

En primer lugar, se propone la reforma curricular a través de la educación cívica transversal. Los estudios indican que el aprendizaje cívico debe ser intencional y estar integrado en el currículo de manera que no se limite a una asignatura aislada. En lugar de ello, se debe diseñar un currículo que no solo informe sobre la democracia, sino que la practique en todas las áreas del conocimiento. Por ejemplo, en clases de matemáticas, los estudiantes podrían analizar datos de votaciones escolares o presupuestos de proyectos estudiantiles. En clases de ciencias, podrían debatir y tomar decisiones sobre políticas ambientales dentro del campus. Esta estrategia busca que los principios democráticos se conviertan en una parte orgánica del aprendizaje diario, permitiendo a los estudiantes vivir los conceptos que aprenden y aplicar el razonamiento crítico en

contextos reales. El compromiso es transitar de la memorización de derechos y deberes a la vivencia de la ciudadanía activa.

En segundo lugar, se debe fortalecer la capacitación y el empoderamiento del profesorado en metodologías participativas y dialógicas. Los hallazgos de este ensayo subrayan que el desconocimiento y la percepción de un liderazgo unilateral por parte de los directivos y docentes son obstáculos cruciales para la participación efectiva. Por lo tanto, es indispensable que las instituciones ofrezcan programas de formación continua que doten a los educadores de las herramientas necesarias para ser verdaderos facilitadores de la democracia en el aula. Estos programas incluirían talleres sobre técnicas para moderar debates, estrategias para la resolución de conflictos, métodos para fomentar el aprendizaje colaborativo y el desarrollo de la "voz estudiantil". El compromiso es claro: transformar a los docentes de meros instructores a mentores cívicos, capaces de guiar a los estudiantes en un proceso de autoorganización y empoderamiento.

Finalmente, y como pilar fundamental, se debe garantizar la creación de espacios de participación con poder real. La brecha entre la teoría y la práctica se cierra solo cuando la voz estudiantil tiene un impacto tangible en la toma de decisiones. Por ello, la propuesta va más allá de los foros simbólicos y aboga por la instauración de un Consejo de Decisión Escolar conformado por representantes de estudiantes, docentes y directivos. Este consejo tendría autoridad real y preestablecida para deliberar y votar sobre asuntos de interés estudiantil, como la asignación de presupuestos para

actividades extracurriculares, la modificación de políticas de convivencia o la organización de eventos.

La transparencia y la rendición de cuentas serían principios clave de este nuevo órgano. Las decisiones tomadas, junto con su justificación, deberían ser comunicadas a toda la comunidad estudiantil. Al dotar a estos espacios de una autoridad genuina, se combate la apatía y se consolida un sentido de pertenencia y responsabilidad colectiva, cumpliendo así la promesa de transformar la participación de una mera formalidad en un acto de empoderamiento real.

CONCLUSIONES O REFLEXIONES FINALES

El artículo confirma que, aunque la participación estudiantil se conceptualiza como un pilar fundamental para la formación de ciudadanos, en la práctica hay una desconexión crítica que obstaculiza su efectividad. El problema de investigación, que se centró en la brecha entre el ideal democrático y la realidad escolar, ha sido abordado a través de los hallazgos de estudios recientes que revelan un desconocimiento significativo por parte de los estudiantes y una percepción de unilateralidad en la toma de decisiones. Esto sugiere que los mecanismos formales de participación, como el Gobierno Escolar, a menudo no logran su objetivo formativo debido a la falta de una implementación genuina y un compromiso sistémico por parte de las instituciones.

La solución al problema expuesto radica en una transformación profunda de la cultura escolar, más allá de la simple existencia de órganos de participación. Se requiere un enfoque que combine la reforma curricular, la capacitación docente y la creación de espacios de diálogo auténticos. Una educación cívica transversal en el currículo, que integre la teoría con la práctica vivencial a través de proyectos y debates, es el primer paso. Además, es indispensable que los docentes y directivos reciban una formación continua en metodologías participativas que les permitan empoderar a los estudiantes, contrarrestando así la percepción de que el liderazgo es autoritario. Finalmente, la creación de foros y comités con poder real de decisión es la vía para que los estudiantes se sientan verdaderamente escuchados y transformen su voz en acción, consolidando un sentido de pertenencia y responsabilidad.

Conforme se avanza en la construcción de una escuela más democrática, surgen nuevos cuestionamientos que demandan exploración continua. Es necesario investigar a fondo el impacto a largo plazo de estas reformas en el compromiso cívico de los jóvenes en la vida adulta. ¿Cómo se manifiestan las habilidades de razonamiento crítico y resolución de conflictos, desarrolladas en la escuela, en los espacios laborales y comunitarios? Asimismo, es fundamental explorar modelos de participación que aborden de manera más efectiva la diversidad cultural y social del estudiantado, para asegurar que la democracia escolar sea verdaderamente inclusiva. El papel de la tecnología y las plataformas digitales como herramientas para la participación estudiantil también merece un estudio detallado. Estos interrogantes invitan a seguir investigando y construyendo un

modelo educativo que no solo forme para el trabajo, sino que también prepare a las futuras generaciones para ser arquitectos de una sociedad más justa y participativa.

REFERENCIAS

- Gaceta. (2024). La participación democrática ejercida desde el gobierno escolar garantiza la buena marcha de las instituciones educativas. Gaceta. <https://www.revistas.upel.edu.ve/index.php/gaceta/article/download/3193/3606/7818>
- Mejoredu. (2025). La participación estudiantil en la educación media superior. Comisión Nacional para la Mejora Continua de la Educación. https://www.mejoredu.gob.mx/images/publicaciones/participacion_estudiantil_EMS.pdf
- Organización Semillas para la Democracia. (2020). La participación involucra necesariamente una convivencia democrática con las demás personas. Observatorio Educativo Ciudadano. <https://observatorio.org.py/especial/33>
- Piragauta, N. (2024). Educación y gobierno escolar. DIALÉCTICA, 2(22). <https://doi.org/10.56219/dialctica.v2i22.2693>
- Ramírez, J. & López, M. (2025). Participación estudiantil: un derecho en construcción y una responsabilidad cívica. En F. S. Vargas & P. M. Hernández (Eds.), Educación para la ciudadanía: perspectivas y desafíos en el siglo XXI. Ediciones Académicas.
- Simancas Malla, F. M., Trujillo Cumbal, M. P., Reyes Ordoñez, J. P., Rodríguez Torres, Y. P., Chacha Chaguan, N. de J., Becerra Arevalo, J. C., & Conforme Zambrano, T. E. (2025). El impacto de la participación estudiantil en la toma de decisiones dentro de la comunidad escolar en estudios sociales. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, 9(1), 4088–4106. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i1.16137